

## SERMON CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO.

### De la creacion del mundo por Dios.

Hemos penetrado hasta en la vida interior de Dios; sabemos que existe y cómo vive. El orden de las ideas nos llevaría ahora á investigar cuál es su carácter; pero nos bastarán dos palabras sobre este punto. El carácter de Dios es la perfeccion: cuanto se encierra en la idea de perfeccion, como la inmutabilidad, la sabiduría, la justicia, la bondad, debe atribuirse á Dios en un grado infinito, y constituye su carácter metafísico y moral. Las dificultades que pueden nacer de estos varios atributos, se resolverán naturalmente cuando tratemos de las relaciones de Dios con los seres criados. Las pasamos pues á piés juntillas, y nos hallamos lógicamente en presencia de esta cuestion: supuesta la existencia de Dios, principio de las cosas, ¿cómo las cosas han emanado de él? ¿Por qué procedimiento y sobre todo por qué motivos?

Aquí, señores, comenzamos á tocar mas directamente al secreto de nuestros destinos: porque estos toman indudablemente su principio del procedimiento por el cual hemos salido del seno de nuestra causa, y mucho mas aun, de los motivos que han inducido al ser que existe por sí mismo á producir alguna cosa que no fuera él. ¿Pues qué procedimiento es ese? ¿Qué motivos son esos?

Antes de que os lo diga, señores, os ruego que observeis bien el estado de la cuestion. No se trata de saber si el mundo es ó no es una obra; esta cuestion está juzgada. Todo el que no sea panteísta se ve forzado á admitir que el mundo tiene una causa, que es obra de una inteligencia y un poder superiores. Ahora bien, hemós separado el panteísmo, hemos reconocido á Dios en la misma debilidad de la naturaleza, y por consiguiente decimos de él con el pueblo y con el poeta: Su nombre es el Eterno, el mundo su obra.

¡ Cosa digna de atencion! Los filósofos de la antigüedad que creían en la eternidad de la materia, como Platon, por ejemplo, no podían menos de reconocer en el conjunto de las cosas visibles el

carácter de una obra trabajada, y llamaban á Dios el gran arquitecto del Universo. Y es que el universo lleva efectivamente en sí la señal patente de su impotencia personal, si es lícito hablar así; y aun los que no se elevan hasta la idea de su creacion, disciernen en él no obstante la mano del artista que lo ha tocado y construido. La produccion del mundo es un dogma que precede lógicamente al dogma de la existencia de Dios; decimos: el mundo es producido, luego existe Dios: y no: Dios existe, luego el mundo es producido. Este es el racionio de los antiguos filósofos teístas como el de los filósofos cristianos, solo que en los primeros era menos completo que en los segundos. Aristóteles, por ejemplo, despues de haber admitido la eternidad de la materia, no podia ya remontarse á una causa suprema, sino descubriendo en la naturaleza alguna cosa cuya presencia no se explicase sin un principio mas elevado. Tal era para él el movimiento de los cuerpos. El análisis de este fenómeno le habia conducido á reconocer la necesidad de un primer motor, y habia escrito esta proposicion casi divina por lo profunda y original: « Hay algo inmóvil que es el principio del movimiento. »

Lo repito, señores, la cuestion no es saber si el mundo es producido, sino cómo y porqué ha sido producido.

Dos sistemas se han dividido las inteligencias fuera de la doctrina católica. El primero afirma que el mundo ha sido producido por el concurso de Dios y de cierta sustancia inferior, coeterna á Dios. Figuráos por una parte al ser absoluto y perfecto, y por otra una sustancia vil, informe, sin movimiento ni vida, incapaz de salir por sí misma de semejante estado de abyeccion, y sin embargo, increada como Dios, existente por sí misma como Dios, en una palabra, la materia; y no como quiera, sino despojada de esa tal cual gloria con que hoy la vemos. Si Dios la hubiera dejado en ese estado, permaneciera en él todavía, especie de sepulcro vacío y eterno, sin recibir la vida ni la muerte. Pero Dios la miró; movióse á lastima viendo la grandeza infinita de su miseria; dijo una palabra, y el mundo, saliendo de la inmóvil envoltura de su concepcion, dejóse ver tal como nuestros ojos le admiran, antiguo por su sustancia, nuevo por su forma, padre é hijo á un mismo tiempo, hijo de un ser mas perfecto que él, padre de sí mismo por cooperacion.

Esta poesia ingeniosa no ha satisfecho á todas las inteligencias, y muchas la han negado su consentimiento. Háles parecido miserable así ante la lógica como en sí misma esa singular sustancia, mitad Dios, mitad nada, Dios por la eternidad de su ser, nada por la

incapacidad de darse la forma de su existencia ; y para explicar la formacion del mundo han imaginado el sistema de la emanacion. Segun este segundo órden de ideas, Dios sacó de su propia sustancia la sustancia del universo ; pero sin comunicarle su personalidad ni su divinidad.

La doctrina católica rechaza uno y otro sistema. Porque una de dos, ó la sustancia divina está toda íntegra é indivisible en el mundo, y en tal caso el mundo es Dios, ó la sustancia de Dios solo está en el mundo parcialmente por la virtud de la emanacion, y en este caso, pierde el carácter absoluto sin el cual no puede el entendimiento concebirla.

No es menester, señores, gran esfuerzo de pensamiento para comprender el vicio ó mas bien lo ridículo de estas teorías acerca del origen del mundo. Aquí hallamos un ejemplo patente de la fuerza y de la debilidad del entendimiento humano. Ha visto sí que la naturaleza sensible no se explicaba sin la intervencion de un ser mas elevado ; pero no sé porqué le ha sido imposible determinar el modo y la medida de esa intervencion. Admirado de la indigencia del universo, le negaba la existencia propia, para trasformarle en una emanacion de la divinidad ; y despues, no concibiendo que Dios pueda salir de sí mismo, ni que se empobrezca su sustancia con esta emision, atribuía al mundo un fondo de vitalidad original, pero escaso y circunscrito á los últimos límites de la incapacidad. La misma contradiccion subsistia siempre. Bastaba, al parecer, un poco de vigor de lógica, para deducir toda la verdad, pero el hombre no ha podido. Su vista, errante entre dos abismos, no se atrevia á aceptar ni uno ni otro, y buscaba en medio un punto quimérico donde fijarse.

Abrid ahora la Biblia, y leed su primera frase : *En el principio crió Dios el cielo y la tierra.* ¡Qué sencillez, señores, y qué firmeza! Moisés ni aun afirma la existencia de Dios ; le nombra y le define por una accion que explica al mismo tiempo el universo. El universo no es eterno, no es tampoco una emanacion de la sustancia divina : ha sido hecho en toda la fuerza de esta palabra ; ha sido hecho por un puro acto de voluntad. *Dijo Dios, y todo fué hecho ;* así se expresa David, y esta es la idea que la inteligencia humana no habia podido descubrir, ni aun para combatirla ; la ignoraba, no obstante que era la clave de todo, y despues que le ha sido revelada, la repele como una ficcion incomprensible. ¿Qué es, dice, hacer el ser por un acto de voluntad ? ¿Cómo representarse esta

mágica operacion ? ¿Y qué es una idea que no ofrece al entendimiento ninguna imágen perceptible ? El hombre obra, pero siempre sobre una sustancia que preexiste á su accion ; produce, pero simples modificaciones en la materia donde se ejerce su poder ; la creacion es un abismo en que no descubre mas que una palabra y una desesperacion ; una palabra en vez de una idea, una desesperacion en vez de una solucion.

¿Qué os parece de esto, señores ? ¿Es necesario representarse un acto para tener idea de él ? ¿No basta que la fuerza lógica nos obligue á afirmar su existencia ? Concedo por un momento que la razon no comprenda bajo ningun aspecto el acto creador ; sí, pero ve que el mundo no es eterno, ni emanado de la sustancia de Dios, y se ve forzada á concluir que ha sido hecho por via de creacion ; porque, ¿qué otra salida le queda sino esta ? ¿Es acaso mas fácil representarse á la materia saliendo por emanacion de la sustancia inmaterial ó existente desde toda eternidad por su propia virtud ? Seguramente, si algo ve ahí el entendimiento, es solo una imposibilidad, y por esto se arroja al único camino que le queda abierto, camino oscuro todavía, pero alumbrado á lo menos con la luz que encierra en sí toda necesidad lógica. Y por otra parte, ¿es verdad que la palabra creacion nada represente á nuestra mente ? ¿Es verdad que no concibamos de ningun modo cómo la voluntad divina puede pronunciar la soberana palabra : *fiat* ? Extraño fuera en verdad ; porque si hemos distinguido en nuestra inteligencia imágenes que nos han introducido hasta el sagrado vestibulo de la esencias, increada ¿cómo el misterio de nuestra voluntad personal no nos enseñaría nada en órden al misterio de la voluntad divina ? La voluntad es la mansion del poder ; por ella manda el hombre y es obedecido. ¡Mandar ! ¡Qué palabra, señores ! ¿Habeis meditado sobre ella alguna vez ? Un hombre deja caer de sus labios una palabra ; óyenla algunos, se apresuran, corren. Habla otro, y nada se hace. Ambos han querido mandar, y solo uno lo ha logrado. Y es que uno solo ha dicho la palabra que encierra el poder ; esta palabra : Quiero. Muchos piensan decirla porque la pronuncian ; pero hay pocos que efectivamente la digan. Es la palabra mas rara que hay en el mundo, aunque la mas usurpada ; y cuando posee un hombre su terrible secreto, siquiera sea pobre y el último de los hombres, estad seguros de que algun dia le hallaréis mas alto que vosotros. Así fué César.

¿Habeis notado en las ciencias ocultas el papel que hace en ellas

la voluntad, y cómo nadie se enseñorea de otro sino por la energía de una especie de fluido imperativo? Las naturalezas varoniles resisten mas á los impulsos de estas artes secretas, y por eso los antiguos oráculos habian escogido por órgano la débil boea de las Pitonisas. Perdonadme esta alusion á misterios contestables: la verdad asoma en todas partes, y hasta en las cosas de incierta y oscura naturaleza. Así es como las nubes llevan al sol ocultándolo.

Sea de ello lo que fuese, nadie negará que el poder reside en la voluntad. Por la voluntad ejerce el hombre el imperio sobre sus semejantes, y por ella mueve su propio cuerpo. Así, cuando la Iglesia católica nos enseña que el mundo salió de un acto de la voluntad divina, nos dice una cosa que se verifica por la experiencia del lugar donde reside en nosotros mismos el principio de nuestra fuerza. En nosotros, como en Dios, de la voluntad nace la fuerza: ¿pero qué es la fuerza? Estoy inmóvil; súbito mi brazo se levanta; mi mano se extiende, mi cabeza se pone derecha, mi vista se enciende: ¿qué ha pasado? ¿Un poder extraño á mí, me ha cogido acaso y arrancado de mi reposo? No, dentro de mí, en un lugar tranquilo é inmaterial, se ha producido un acto; he dicho: muévase mi cuerpo, y se ha movido. Al mismo tiempo he llevado á mi cuerpo en una proporción exacta la cantidad de fuerza necesaria á su movimiento; he querido y he hecho. ¡Mirad! el movimiento no existía; no existía en mi cuerpo, que estaba inmóvil; no existía en mi alma, que es de naturaleza espiritual; lo he hecho por un simple acto de mi voluntad; lo he creado. La proposición de Aristóteles se ha verificado en mí: *Lo inmóvil es el principio del movimiento*. ¿Qué es esto sino una creación? ¿Diréis que preexistía en mi voluntad la fuerza motriz? Convengo en ello; ¿pero qué otra cosa es la fuerza motora mas que el principio productor del movimiento? La doctrina católica no entiende que Dios crea sin un poder creador cuyo sitio y órgano es su voluntad. El *fiat* divino, bien así como el humano, tiene una causa eficiente, sin la cual fuera solo una palabra vacía, un deseo infecundo.

Notad bien, señores, que el movimiento corporal es exterior al alma que le produce por un acto de querer interior. En esto consiste la diferencia entre la generación y la creación. Cuando la inteligencia concibe un pensamiento, engendra; porque el pensamiento es de la misma naturaleza que ella, y se queda en ella misma: cuando la voluntad suscita el movimiento del cuerpo, crea, porque el movimiento no es de la misma naturaleza que ella, y nace afuera.

Estos dos actos nada tienen de comun. El primero es el principio de la vida interna; el segundo de la vida externa. El primero es la vida de Dios y de nuestra alma; el segundo es la vida de Dios y de nuestro cuerpo. Toda actividad se reduce á estos dos términos: engendrar y crear, es decir, producir dentro y producir fuera. No existe ser alguno sin esta doble facultad. Si careciese de la primera, no tendría vida íntima y personal: si le faltase la segunda, no tendría vida fuera de sí. La generación concentra, la creación dilata, y ambas componen juntas el misterio de toda vida.

Juzgad ahora si la razón no se forma idea alguna del acto creador. Verdad es que este acto toma en Dios una energía que sobrepaja nuestro débil alcance. Al paso que el movimiento creado por nosotros se apaga y muere pronto, las cosas creadas por Dios se afirman en duradera subsistencia. Es la misma diferencia que hemos ya notado entre la producción del pensamiento divino y la del humano; la subsistencia es el sello de las obras de Dios, mientras que todo cuanto hace el hombre pasa del ser á la nada con triste rapidez. Pero este desvanecimiento de nuestras obras no destruye su realidad, ni la analogía que tienen con las obras de lo infinito. Engendramos realmente como Dios, creamos realmente como él; nosotros de un modo incompleto y relativo; él de una manera completa y absoluta. Y entendemos los dos misterios de la generación y de la creación que componen la vida; porque somos real, aunque imperfectamente, generadores y creadores.

Esto sentado, vuestro lugar y vuestra suerte, señores, os son desde ahora conocidos: no sois soberanos, sois servidores. La soberanía es la existencia por sí misma, y vosotros no la teneis en ningún grado. Habeis sido hechos; *fuisteis sacados* de la nada, según la energética expresión de la madre de los Macabeos, y podréis, á lo mas, aspirar al título de hijos de Dios. Este será el último término de vuestra ambición. Si por ventura la bondad divina ha impreso en vuestra alma y vuestras frentes señales de semejanza con él, seréis sus hijos y os permitirá que de lo profundo de vuestro polvo eleveis hasta su trono el nombre de Padre. Esta será vuestra gloria mas alta. En cuanto á la soberanía, no la pretendais: ¿qué es la soberanía de un ser que vive por otro? Sin embargo, se quiere dárosela. Por eso el racionalismo se mata por probar la eternidad del mundo, y por buscar en las ruinas y en la muerte los signos de la indefectibilidad. Porque ¿pensais acaso que el espíritu humano se arrojaría tan fogosamente sobre estas cuestiones, si encerraran ellas

consecuencias para la direccion del alma y de la vida? Todo está ahí, creedlo. Decir que el mundo es increado, vale tanto como decir que el hombre es soberano; decir que el mundo es creado, es decir que el hombre es servidor, y cuando mas, hijo. La primera doctrina nos autoriza para definirnos como Dios: «Yo soy el que soy:» la segunda nos pone en el corazon la plegaria del Evangelio: «Padre nuestro que estás en los cielos.»

Es forzoso elegir, señores; es forzoso acá en la tierra vivir como Dios ó como criatura, en la modestia de la obediencia ó en el orgullo de la soberanía. ¿Qué elegiréis? Algunos sabios os dirán que sois grandes; se fijarán en la parte sublime de vuestro ser, y os persuadirán que nada hay superior á vosotros. Otros os presentarán una imágen innoble y deshonorosa de vosotros mismos; descubrirán en las regiones ínfimas de vuestra naturaleza secretos que os ruborizarán, y sin embargo, lo harán tambien para lisonjearos. Solo la doctrina católica os pone en el lugar que os corresponde sin insulto ni adulacion. Ve vuestra grandeza y os la prueba; ve vuestra miseria y os la muestra; os sostiene contra el orgullo que os hincha, y contra el orgullo que os deshonorra; os da en fin, juntamente, la razon de vuestra grandeza y vuestra miseria en estas palabras que ella sola ha pronunciado: El hombre es una criatura, pero es la criatura de un Dios.

¡La criatura de un Dios! ¿Por qué? ¿Qué motivo tuvo este ser inaccesible para mirar bajo de sí y llamar á lo que no existia? Nos importa saberlo; porque indudablemente, la primera y última explicacion de nuestro destino está en el motivo de nuestra creacion. Perdidos como estábamos en las frias sombras del no ser, incapaces de despertarnos por nosotros mismos en el fondo de ese sepulcro, no teníamos otra esperanza ni otro gérmen de vida que la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios no podia tampoco dirigirse hácia nosotros, compadecernos y nombrarnos, sino en virtud de un motivo que la determinase. Con efecto, ningun ser razonable obra sin razon, so pena de obrar al acaso é ignorar lo que hace, no sabiendo porqué lo hace. Por ello, inquiriendo Santo Tomás antes que nosotros el motivo de la creacion, comienza sentando esta máxima: *Todo ser obra por un fin*; y llama al fin con el nombre de *causa final*, para indicar que siendo el móvil de los actos de la voluntad, es realmente el principio de las cosas que la voluntad produce, Dios, pues, al criar el mundo se movió por un fin, es decir, por un objeto que se propuso alcanzar, y que era el término de su pensamiento,

de su voluntad, de su accion. ¿Qué fin era ese? Si para saberlo estudiamos los móviles de nuestras propias determinaciones, descubriremos fácilmente entre ellos el del interés ó de la utilidad. Queremos y obramos porque tenemos necesidades; nuestros movimientos son el esfuerzo de un ser que no vive por sí mismo, y que busca fuera de sí el sosten ó acrecentamiento de su vida. Pero Dios no tiene necesidades; vive de sí y en sí; nada falta á la plenitud de su ser y de su felicidad: ¿cómo obraria por interés? ¿Cómo hubiera criado al hombre y al mundo para llenar el vacío de su naturaleza, ó para añadir á lo infinito recursos y goces que no contuviese? Evidentemente los poseia todos; nada tenia que ganar ni que perder en la creacion del universo. El desenvolvimiento exterior de su omnipotencia era un acto soberanamente desinteresado.

Verdad es, señores, que he oido decir muchas veces, y vosotros lo habeis oido tambien, que *Dios crió al mundo para su gloria*. Pero esta expresion tiene dos sentidos; uno que es exacto y que os declararé en breve, y otro que no es admisible, por cuanto supone que la voluntad divina puede moverse por la razon de la utilidad personal. Olvidemos, pues, por un instante términos mal definidos, y continuemos investigando cuál fué el motivo de Dios en la vocacion del mundo á la existencia.

El hombre no obra solamente por interés; es capaz de obrar tambien por deber, es decir, de sacrificar su bien particular al bien comun, en nombre de una ley suprema que arregla las relaciones de los seres y les impone actos cuyo beneficio es para otro. Este motivo es infinitamente mas noble que el primero; sustrae el alma al egoismo, y la da por móvil un impulso superior, que siendo puramente la vista y el sentimiento de la eterna justicia, parece digno de encontrarse en Dios y haber inspirado su resolucion cuando crió al mundo. Sin embargo, señores, no es así. Dios es la misma justicia; cuando obra, lo hace bajo esa ley de equidad que se comprende en su esencia; pero antes de obrar exteriormente por la primera vez, antes de fundar el universo, nada le debia. Era libre para con él, cuanto lo es el ser respecto de la nada. Podia á su arbitrio comunicarle ó negarle la existencia, sin vulnerar ningun derecho, sin desconocer ningun deber. Aun el hombre no debe á la nada cosa alguna, y al sacar de su generoso seno á otro hombre, realiza un acto de plena y absoluta soberanía. Es padre, porque ha querido serlo; como Dios es criador, porque lo ha querido.

¡Pero qué! ¿ningun motivo inspiró á la voluntad creadora? Esto

es imposible, señores, según os lo hemos demostrado. El motivo existe, no nos cansemos de buscarlo en el misterio de nuestras propias deliberaciones.

Mas alto que el deber, si es posible, ó á lo menos en un lugar no menos profundo y sagrado, reside otro móvil de nuestras obras: el amor. Vamos, porque amamos; sufrimos, vivimos, morimos, porque amamos. El amor guía nuestros actos mas ardientes; y si alguna vez nos sentimos capaces de todo, si arrostrando la vida y la muerte con una fuerza casi sacrilega nos creemos ya alguna vez en la energía de la inmortalidad, es de cierto el amor, el amor quien nos persuade y arrebatada. No hay corcel mas veloz, ninguno que atravesase mas abismos con mas dicha, ninguno que nos conduzca mas lejos, mas arriba, ni que nos dé una idea mas sensible del ser que va á crear. ¿Será, pues, el amor quien impulsa la voluntad divina, y la dice sin cesar: ¿Vé y crea, vé y crea? ¿Habrà sido el amor nuestro primer padre? ¡Pero ay! aun el amor tiene una causa en la hermosura de su objeto; ¿y qué belleza podia tener en presencia de Dios esa muerta y helada sombra que precedió al universo, y á quien no damos un nombre sino faltando á la verdad? ¿Qué podia decir la nada al corazón de Dios? ¿Cómo amar lo que no existe? O ¿cómo amar á la belleza finita el que posee en sí la hermosura perfecta y sin medida? Ya el amor habia producido en Dios su fruto inefable; ya el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, respiraban eternamente en el coloquio y abrazo de su triple y una é infinita belleza. Veían, tocaban, hablaban juntos su beatitud, é inmutables todos tres en un mismo arrobamiento, no podían ver, ni sentir, ni oír ya nada que mereciese de ellos una gota derramada de su amor. El misterio ¡oh mi Dios! estaba consumado totalmente; ¿y qué restaba para conmover vuestro corazón, y para que este nos descubriera desde lejos en el vacío total en que ni siquiera os esperáramos?

Quedaba algo, señores, no lo dudeis, quedaba cierta cosa mas generosa que el interés, mas elevada que el deber, mas poderosa que el amor. Sondead vuestro corazón, y si teneis dificultad en entenderme, si os son desconocidos vuestros propios dones, escuchad á Bossuet que habla de vosotros: « Cuando Dios, dice, formó el corazón del hombre, puso en él primeramente la bondad. » Hé ahí, señores, una palabra divina, y aun cuando Bossuet no hubiera pronunciado otra, le tendria yo por un grande hombre. ¡La bondad! es decir, ¡esa virtud que no consulta al interés, que no espera

la órden del deber, que no ha menester se la solicite con el atractivo de lo bello, sino que se inclina tanto mas hácia un objeto, cuanto es este mas pobre, mas miserable, mas desamparado, mas digno de menosprecio! Es verdad, señores, es cierto, que posee el hombre esta facultad adorable, lo juro por vosotros todos. No es el genio, ni la gloria, ni el amor, los que miden la elevación de su alma, es la bondad. Ella es quien da á la fisonomía humana su primer y mas irresistible hechizo; ella la que nos aproxima mutuamente; ella quien pone en comunicacion los bienes y los males, y que donde quiera, desde el cielo á la tierra, es la gran medianera de los seres. Contemplad al pié de los Alpes á ese miserable sin ojos, sin sonrisa y sin lágrimas, que ni aun conoce su degradación, y que parece un esfuerzo de la naturaleza para insultarse ella misma en el deshonor de lo que ha producido de mas grande: guardaos de creer que no ha encontrado el camino de ninguna alma, y que su oprobio le ha robado la amistad del universo. No, es amado, tiene una madre, tiene hermanos y hermanas, tiene un sitio en el hogar de la cabaña, y el mejor y mas sagrado, porque él es el mas desheredado. El pecho que le nutrió le sustenta todavía, y la superstición del amor no habla de él sino como de una bendición que Dios ha enviado. ¡Hé ahí al hombre!

¿Mas puedo yo decir, hé ahí al hombre, sin decir tambien, ved ahí á Dios? ¿De quién tendria el hombre la bondad, si no fuera Dios su océano primordial, y si al formar nuestro corazón no hubiera derramado en él ante todo una gota del suyo? Sí, Dios es bueno; sí, la bondad es el atributo que campea en él sobre todos los demás, y no sin razón gravaba la antigüedad en el frontispicio de sus templos aquella inscripción famosa en que la bondad precedia á la grandeza. Pero toda perfección supone un objeto á que aplicarse. Necesitaba, pues, la bondad divina un objeto tan vasto y profundo como ella misma, y Dios lo descubrió. Desde el seno de su plenitud vió á ese ser sin belleza, sin forma, sin vida, sin nombre, á ese ser sin ser que llamamos la nada; oyó el grito de los mundos que no existían, el grito de una miseria sin límites que llamaba á una bondad sin límites. La eternidad se turbó, y dijo al tiempo: ¡comienza! El tiempo y el mundo obedecieron á la voluntad de Dios, como la voluntad de Dios habia cedido, pero libremente, á la inspiración de la bondad.

Digo libremente, señores, porque todas las perfecciones divinas se ejercen dentro de sí mismas en el misterio de la Santísima Trinidad,

y por tanto su accion exterior no es ya necesaria á su dilatacion, sino un efecto espontáneo del libre albedrío de Dios. Dios era bueno antes de criar el mundo, y su bondad infinita se manifestaba por infinita manera en la comunicacion eterna de las tres personas increadas. Por tanto, cuando Dios hizo el mundo, lo hizo por un movimiento libre de su corazon y no por necesidad. Lo hizo gratuitamente, no impulsado por el interés, ni apremiado por el deber, ni arrastrado por un amor que no fuera merecido, sino con el único fin de satisfacer su bondad comunicando la vida. Por eso dice Santo Tomás tratando esta cuestion, que *Dios es el único ser perfectamente liberal; porque solo él no obra para su utilidad propia, sino á causa de su bondad* (1).

Esta conclusion, señores, es de la mayor importancia respecto de todo el encadenamiento del dogma cristiano, y es necesario resolver todas las dificultades que ella presenta, ya bajo el aspecto teológico, ya bajo el aspecto racional.

Teológicamente hablando, se objeta un texto de la Escritura concebido en estos términos: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus*. Estas palabras tienen un carácter de concision y claridad, que oscurece, al parecer, todas las ideas que acabamos de exponeros. Sin embargo, es fácil esplicáros las. Dios, como ningun otro ser, no puede tomar fuera de sí los motivos de sus determinaciones; los halla en su naturaleza, y al ceder á ellos, si es permitido decirlo así, es claro que obra para sí mismo, puesto que obra impulsado por algo que es él mismo. Pero la bondad tiene esto de excelente y singular, que se propone por objeto el bien de otros, y que obrando á causa de ella, obra no obstante en bien de otro y de un modo desinteresado. Así es verdadero el decir, que al criar Dios al mundo por bondad, le crió por sí, puesto que su bondad es él mismo, y sin embargo se dice igualmente con verdad, que lo creó liberalmente, puesto que se proponia el bien de su criatura, y este bien no podia aumentar su propia felicidad. Pero aun cuando la hubiera acrecentado, subsistiera aun puro é intachable el motivo de bondad; porque no hay cosa mas perfecta que el encontrar felicidad en comunicar la propia. Este egoismo, si lo es, es el de las grandes almas; y cierto, aunque la criatura sea inútil á Dios, debe creerse que nuestro amor no le es indiferente, y que sin hacerle mas feliz, nos hace á lo menos amados y preciosos en su presencia.

(1) Suma, cuest. 44, art. 4.

Fácil me será tambien explicaros esta otra expresion, que *Dios crió al mundo para su gloria*. La gloria interior de Dios está en su perfeccion soberana; su gloria exterior consiste en ser conocido y amado de las inteligencias libres; y es indudable que en efecto dió el ser á estas inteligencias para que le conocieran y amaran. Mas ¿por qué motivo quiso llamarlas á conocerle y amarle? ¿Fué acaso para el bien de ellas, ó por su utilidad personal, por el motivo de la bondad ó el del interés? Hemos sentido, con Santo Tomás de Aquino, que era por el motivo de la bondad, y la expresion de que se trata nada prueba en contrario, puesto que ni aun toca la cuestion. Basta definir la palabra gloria, para asegurarse de ello.

Lleguemos, pues, á las objeciones del racionalismo.

Lejos este de convenir en que el mundo es obra de la bondad divina, ni aun ve en él una obra de justicia. ¿Es por ventura justo, dice, disponer de la suerte de otro sin su participacion? Cuando plugó á Dios, usando de un poder incomprendible, llamar á la vida seres inteligentes, seres capaces de juzgar si la existencia era un bien ó una desgracia, ¿tenia acaso derecho para obrar sin su consentimiento? Los romanos escribieron con tanta elocuencia como razon: *Nemini invito beneficium confertur. No hay beneficio sin la voluntad que lo acepta*. ¿Con qué derecho se nos hizo sin nosotros? ¿Con qué derecho se nos sacó de la nada, para arrojarnos, sin nosotros saberlo, en ese abismo de males que se llama vida? ¡Cómo! Dormíamos tranquilos en la eternidad de nuestro sueño, y de improviso nos ha cogido una mano invisible, hanos llamado una voz desconocida, y nos ha dicho con imperio: ¡Ven, ve, siente, piensa, ama! Y despues que obedeciendo mal nuestro grado á esta órden implacable, hemos pasado horas ó años entre realidades confusas é ilusiones frustradas, ¡de repente otra vez la mano que nos habia arrancado á nuestro primer sepulcro, esa mano nos repele! Y la voz que nos habia llamado, la misma voz grita: ¡basta, tiende tus miembros, cierra tus ojos, sal de este mundo, véte! Pero si se nos ha hecho para nuestro bien, ¿no se debía consultarnos para saber dónde, cómo, cuándo, bajo de qué condiciones se nos daría la vida? Nadie pensó en ello; la vida nos ha venido como nos viene la muerte, con insulto y desprecio de nosotros. ¡Ah! diga lo que quiera una sana teología, no es esta la queja del espíritu, es el gemido del alma, es la sinceridad del padecer y la acusacion de todos los mundos. Déjesenos llorar al menos nuestra suerte, respétese la desolacion de las edades, no se añada á la desgracia de nuestro destino la de querer comprenderlo.